

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montella, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de ella, trimestre 30.—Números sueltos un real.

Miércoles 29 de Setiembre.

El Eco de Cartagena

LA USURA.

Una historia como hay muchas.

(CONTINUACION)

—Trabajaré con afán, se dijo; economizaré, inventaré nuevas especulaciones, y podré pagar!

Mas ¡ay! ¡vana ilusión! si en el año primero no había logrado solventar su deuda, ¿cómo en el segundo, siendo doble esta, iba á poderlo conseguir?

Trabajó mucho, pasó interminables noches en vela haciendo cálculos, formando números, pero todo era inútil.

La suma que debía pagar era superior, y con mucho, á los ingresos que podía adquirir.

¡Ni aun para cubrir la mitad del rédito alcanzaba el producto de tanto afán!

Habló de ello á Martorell, pero este se encogió de hombros y solo contestó:

—Eso no es cuenta mia.

D. Pedro suplicó, rogó, hizo nuevas promesas y solo pudo conseguir que aquel hombre tomase todo el fruto de sus trabajos de un año entero, y que el pagaré firmado anteriormente se renovase con mas onerosas condiciones.

El infeliz empezó entonces á conocer la verdad y á sentir en su garganta aquella presión que le ahogaba.

Ana y su madre le consolaron haciéndole lucir ante sus ojos de nuevo la luz de la esperanza, aunque débil y vacilante ya!

Las dos mujeres que rivalizaban en virtud y amor, quisieron rivalizar tambien en valor y abnegacion.

Se privaron de las cosas más necesarias de la vida, se dedicaron á las faenas mas rudas, hasta escasearon su modesto alimento para ayudar al infeliz D. Pedro!

Julio tambien deseó contribuir de algun modo á la salvacion de su padre, y todo el tiempo que sus estudios le dejaban libre lo dedicaba á llevar los libros y la correspondencia, evitando así un gasto inútil en su pequeña tienda.

¡La suerte no quiso, sin embargo, favorecer aquellos esfuerzos!

¡La fortuna, como los volubles amigos, vuelve la espalda al desgraciado!

El aire de tristeza que se advertia en D. Pedro, la angustiosa preocupacion que habia llegado á dominarle, alejaron de su casa á sus antiguos parientes, y empezaron á minar la seguridad que esta habia inspirado hasta entonces á sus corresponsales. Algunos alejaron de ella sus fondos, y otros le retiraron su confianza.

¡La escala de la desgracia es muy rápida de bajar! ¡Sus peldaños son muy pendientes y resbatadizos! Cuando llegó el plazo estipulado entre Martorell y D. Pedro este solo habia podido reunir una corta cantidad para entregarla á aquel en pago de los réditos vencidos.

Martorell no se conformó, y amenazó con acudir á los tribunales si en el término de dos dias no se le satisfacía enteramente.

¡La afliccion de aquella familia no tuvo límites! ¿que iba hacer? ¿que partido tomar?

D. Pedro con la cabeza caída sobre el pecho, perdido el valor, convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, abandonado su mostrador, lloraba como un niño en medio de su desesperacion. Lloraba su porvenir destruido, su nombre cubierto de vergüenza, su buena fé puesta en duda! ¡Lloraba veinte años de trabajo, perdidos en un solo dia!

Su pobre esposa gemia á su lado sin atreverse á pronunciar una palabra, y sus hijos desesperados no hallaban el consuelo para combatir aquel dolor.

De pronto Julio se levantó, hizo una señal á su hermana y ambos salieron de la habitacion.

—Ana, dijo el joven con afán, he hallado un medio para salvar á nuestro padre!

—¿Cuál? preguntó ella con ansiedad.

—Escucha: hace mucho tiempo que nuestra madre ha ido depositando en casa de un notario pequeñas cantidades hasta reunir seis mil reales para librarme de la suerte de soldado. Ella en su turbacion acaso no ha pensado en esto! acaso duda en este instante en que se decide mi porvenir, entre el esposo á quien ama y el hijo á quien idolatra.

—¿Y bien?

—Yo tengo los recibos, los sacaré en su nombre y los llevaré á Martorell.

—¿Y... si por desgracia hoy?...

—Cumpliré mi suerte!

—¿Y si Martorell no cediese?

Julio bajó la cabeza sin saber que responder.

—Escucha dijo Ana, yo tambien puedo hacer algo.

—¿Tú!

—Tambien nuestra pobre madre, con su previsora ternura hace mucho tiempo, y poco á poco ha ido formando mi canastilla de novia. ¡Seis ú ocho años de trabajo la han hecho valer mucho! Hoy tambien me desaharé de ella y de algunas alhajas que debia de lucir el dia de mi boda.

—¿Y si Jorge...?

—Calla, murmuró Ana conteniendo en vano una lagrima: calla! no hables ahora de mi casamiento. ¡Dios sabe si es ya imposible!

Los dos jóvenes guardaron un momento de silencio.

—Con todo esto, dijo al fin Ana, podemos reunir hasta diez mil reales, y con esta suma tal vez ese hombre quedará satisfecho por ahora y no procederá contra él.

—Oh! sí! ¿cómo ha de seguir más? ¿quó le ha entregado ya todo el fruto de sus afanes de dos años enteros?

—Los jóvenes sintieron que una dulce alegría premiaba su sacrificio. Iban á salvar á su padre, á verle de nuevo contento y tranquilo! Esta idea les halagaba, esta creencia les fortalecia.

Al dia siguiente, Julio con un abultado paquete en la mano, se presentó en casa del usurero.

—Señor, le dijo con acento profundamente conmovido: vengo á traer

á V. diez mil reales de la cantidad que mi padre le debe.

Los pequeños ojos de Martorell brillaron un instante con la llama de la codicia, tendió sus afiladas manos al dinero que Julio le ofrecia, y se apoderó de él murmurando, á la par:

—Diez mil reales.... diez mil reales.... pero ¿y lo demás?

—Ah! no hemos podido reunir otra cosa, y si V. supiera cuántos afanes, que penosos sacrificios hemos tenido que hacer! La desgracia nos persigue! nuestro comercio se halla perdido, nuestro almacén casi vacío y la miseria amenazándonos muy de cerca!

(Continuad.)

Correo general.

Madrid 28 de Setiembre de 1875.

Al general Blanco se le ha confiado el mando de una importante division que ha de operar en la provincia de Lérida. Dicho general saldrá en breve para su nuevo destino, donde es seguro ha de obtener tan brillantes resultados como en todas partes donde se ha hallado tan bravo y acreditado general.

Hoy ha llegado á Madrid el guardia noble conde Aquiles Salimé portador del «solideo» para Monseñor Juan Simeoni, y las órdenes de Su Santidad mandándole continuar representando en Madrid al gobierno pontificio hasta nueva orden, si bien con el carácter que ahora le corresponde, de Pro-nuncio apostólico. Así se ha comunicado al gobierno.

Cinco mil mujeres se ocupan actualmente en Denia en el encajonado de las pasas, con un jornal de 4 reales por cabeza. Cada una arregla por término medio diez cajas de una arroba de peso, de modo que cada dia quedan dispuestas para el embarque 60000 cajas. El número de hombres que se ocupan en el servicio de carga y descarga es de 2000.

Pasan de dos mil los soldados que se encuentran en los depósitos, y